

ZALDUMBIDE GANGOTENA, JULIO (1833 – 1887)

MELANCOLÍA

ÍNDICE:

A LAURA
EL AMOR EN LA ADOLESCENCIA
A LAS FLORES
ESPERA
TROVA
AL DOLOR
A MIS LÁGRIMAS
A MI CORAZÓN
EL LLANTO
MADRIGAL
EN TEMPESTAD SIN TREGUA DE BONANZA...
YO VI ESA TRISTE NUBE...

MELANCOLÍA

(A Laura)

Flota en los aires, de la tarde el velo;
y al mismo paso que las sombras cunden
de la atezada noche en el espacio,
dolorosos y oscuros pensamientos
nacen dentro del alma y se difunden.

Contempla, Laura, en el tendido cielo
esas nubes que vuelan
arrebatadas de invisibles vientos...
¿A dónde van?... Mi triste fantasía
suelta vagando, por doquiera mira
misterios que al placer no se revelan.
Parece que suspira
en torno nuestro el aura voladora;
parece que al oído
nos dice cosas tales,
que sin saber nuestra alma su sentido,

al escucharlas se estremece y llora.

¿Qué es esto, amada mía?...
¿Por qué en hondo silencio nos miramos
y tus ojos se llenan y los míos
de repentinas lágrimas?... No ha mucho
que en amorosos juegos la pradera
nos miró andar, sus flores recogiendo:

tú reías alegre y yo reía...
Y ahora al recuerdo del placer perdido,
lloro yo... lloras tú... y ambos callamos.
Laura, la noche avanza y muere el día...
¿Será que el veloz tiempo nos advierte
en esta muda escena de agonía,
que tu pasión así, y así la mía,
morirán al venir la oscura muerte?...

Laura, la sombra sube y se adelanta,
y al aire tiende ya su negro tul;
la estrella de la tarde se levanta
al firmamento azul.

«Ella verá a los dos», tú me dijiste;
«quiero hablarte a su cándido fulgor».
Hela allí que ya luce; inquieto y triste
te espero dulce amor.

Y no apareces... ¡ay! los ojos míos
los vuelvo en derredor con ansiedad,
mirando por los árboles sombríos,
y no hallan tu beldad.

¿Por qué tardas? Hermosa es tu presencia
como en la sombra el astro del amor,
paz esparcen tus ojos e inocencia,
y tu frente candor.

EL AMOR EN LA ADOLESCENCIA

*E un bel desio, che nasce
allor che men s'aspetía.*

METASTASSIO

¿Quién eres tú, oh muda compañera
de mi tristeza solitaria? Di,
¿quién eres tú que fuese a donde quiera
siempre a mi lado cándida te vi?

¿Por qué al mirarte el alma estremecida
siento, y el pecho palpitar de amor?
¿Por qué me ves como a piedad movida?...
¿Qué a ti mi soledad y mi dolor?

¿Qué lazo te une a mí? ¿Qué malhadada
suerte te pudo a un infeliz ligar?
¿Eres visión, verdad, sombra de nada,
o de mi vida el genio tutelar?

Acaso vienes tú del alto cielo,
y no sé yo tu celestial misión...
¿A qué viniste? ¿Traes el consuelo
a mi desconsolado corazón?

Mis infantiles goces y recreos
no conocieron tu amorosa faz.
¿Creáronte por dicha los deseos
cuyo vago anhelar siento voraz?

Yo no sé, dulce sombra, desde cuándo,
no sé dónde, visión, te uniste a mí;
conmigo estás desde que estoy penando;
junto con el dolor te conocí.

Te veo en el silencio, en los festines;
te encuentro allí donde mi planta va,
en el bosque, en el valle, en los jardines;
en ésta, en otra parte, aquí y allá.

Ninfa en el bosque, en los jardines Flora,
grave genio en la agreste soledad;
en los campos con sayo de pastora,
con rico velo y manto en la ciudad.

Dulces tus ojos son y pensativos
cual los ojos del ángel del amor;

y vas flechando en mí sus atractivos
con muda magia y silencioso ardor.

Tienes la faz de cándido querube,
misteriosa mujer, sombra ideal;
vaporoso es tu traje cual la nube,
y liviano tu talle y virginal.

Con la aurora apareces en oriente,
y envuelta en su rosado velo vas;
y aunque te vayas con el sol poniente,
conmigo en la callada noche estás.

Oigo tu voz en la aura pasajera,
del arboleda en el fugaz rumor,
cual la voz del deleite lisonjera,
tierna como el suspiro del amor...

Perfecta es tu beldad: pero ¿quién eres?,
no comprendo el arcano de tu ser.
¿Has venido del cielo?... ¿Qué me quieres?
Tu nombre y tu misión hazme saber.

«¿No revelan mi nombre a tus oídos
»el río, la pradera
»los céfiros floridos,
»el cielo, el sol, Naturaleza entera?

»El amor es mi nombre:
»nazco de la esperanza y el deseo
»en el pecho del hombre,
»y soy primero un vago devaneo;

»Después soy el placer que en dulce fuego
»el universo inunda,
»y soy el dolor luego
»que le sumerge en lobreguez profunda».

A LAS FLORES

Prole gentil del céfiro y la aurora,
nacida con el don de la belleza;
gracias con que la gran naturaleza
ríe, y su augusta majestad decora.

La luz del sol, que el universo dora,
no tanto de su frente en la grandeza,
cuanto en vosotras linda se adereza,
y con matiz más gayo se colora.

En el campo del éter las estrellas
son flores celestiales, y en el suelo
vosotras sois estrellas de colores.

Tan puras sois, en fin, al par que bellas,
que pienso que del mundo el claro cielo
no tiene cosas más... que almas y flores.

ESPERA

(De Víctor Hugo) Traducción Esperaba, desesperaba.

Ardilla, sube a la rama
de la corpulenta encina
que tiembla, al cielo vecina,
del aura al soplo menor;

cigüeña, a las torres fiel,
oh, vuela con ligereza
del campo a la fortaleza,
del campanario al torreón.

Vieja águila, de tu nido
vuela al monte centenario
que envuelve como un sudario
la blanca nieve invernal;

y tú, a quien muda en el lecho
nunca halló la bella aurora,
sube, sube voladora
al cielo, alondra vivaz.

Y ahora, de lo alto del árbol,
de lo alto del campanario,
desde el monte centenario
y desde el cielo turquí,

en el brumoso horizonte,

¿no veis flotar una pluma
y un caballo entre la bruma?...
¿No veis mi amante venir?

Trova

Son tus ojos dos estrellas
que derraman luz y amores
celestial;
y luces entre las bellas,
como el lirio entre las flores
virginal.

Tú, la más linda en la danza,
tú, la de más gentileza,
más primor;
y puestas en la balanza
mil bellezas, tú belleza
la mejor.

Feliz aquel que se abrace
en la lumbre de tus ojos
seductores;
feliz quien su vida pase
en tributarte de hinojos
su amores;

y por ti viva gimiendo,
por ti viva suspirando,
por ti muera;
aunque se fuere volviendo
un sueño el bien que, soñando,
de ti espera:

que no han de ser duras penas
las que por ti en los amores
le vendrán,
y del amor las cadenas
pesadas no, mas de flores
le serán.

Dichoso quien de tu boca
suspire por solo un beso
de ambrosía,

y en la ilusión que él evoca,
sea tu sombra su embeleso,
noche y día.

Y de la noche a la aurora
de un alba a la otra, soñando,
crea cierto
que de hinojos te enamora,
y entre un sí y un no, temblando,
dude incierto:

que esa angustia que le prensa,
esa profunda zozobra
que le abisma,
tiene en sí su recompensa:
el dulce placer que cobra
de sí misma...

¡Oh, quien goce de tu amado
labio las sonrisas llenas
de consuelo,
podrá decir que ha gozado
en este valle de penas
todo un cielo!

Y aquel feliz que obtuviera
un beso en prenda inefable
de tu amor,
¡vive Dios! que no dijera
que la vida es yermo horrible
de dolor.

AL DOLOR

Hiere, hiere, ¡oh Dolor! He, aquí desnudo
mi inerme pecho: el protector escudo
que en otro tiempo rechazó tus dardos,
roto en pedazos estalló a tus golpes,
y contra ti ya nada me defiende.

¡A ti me entrego en mi fatal despecho!
Hiere, pues, rompe, hiende,
destroza sin piedad mi inerme pecho.
Pero sabe, oh Dolor, que, aunque rendido,

a ti me doy perdida la esperanza;

no me verás doblar la erguida frente
y el rudo bote de tu ardiente lanza
del corazón herido
no arrancará ni queja ni gemido
ni de su llanto hará correr la fuente.

Y acaso el solo ruego
que escuchen de mis labios tus oídos,
será que de tu brazo formidable
en mí descargues tan tremendo y fuerte
que con sólo ese golpe me des muerte,
dando fin a esta vida miserable.

A MIS LÁGRIMAS

Corred, lágrimas tristes,
que es dulce al alma mía
sentiros a raudales
del corazón manar;
corred, que los suspiros
que exhalo en todo el día
las ansias de mi pecho
no bastan a calmar.

Triste, férvido llanto,
tus gotas de amargura
mitigan celestiales
la sed del corazón;
y sólo tú suavizas
mi horrenda desventura,
y sólo tú consuelas
mi lúgubre aflicción.

Que cuando de la cima
de dulce venturanza
desciende el alma al golpe
del dardo del pesar,
si entonces con la dicha
perdemos la esperanza,
nos queda sólo el triste
consuelo de llorar.

Y así la flor marchita
revive del consuelo
con lágrimas regadas
por lóbrego dolor,
como al nocturno llanto
de tenebroso cielo
cobran las flores secas
su aroma y su color.

Corred, lágrimas mías,
consuelo a mis dolores;
en férvidos raudales
del corazón manad;
y así, de mis ensueños
revivan ¡ay! las flores
que ha marchitado el rayo
del sol de la verdad.

A MI CORAZÓN

¡Corazón! ¡Corazón! ¿Por qué suspiras?
¿Por qué los muros de tu cárcel bates?
Es imposible, corazón.... ¡Deliras!
Infeliz corazón, en vano lates!

Siempre contuve tu ímpetu violento
desde que pude conocer el mundo;
siempre fui sordo a tu amoroso acento,
sin tener compasión de tu ¡ay! profundo.

¿Sabes por qué? Tras vanas ilusiones
(ilusiones no más, bien lo sabía)
quisiste ir como otros corazones
a buscar, necio... ¿qué?, lo que no había.

A buscar el amor... amor no se halla;
a buscar la virtud... la virtud, menos;
por eso yo te opuse firme valla,
y no tuviste días de horror llenos.

Conozco el mundo y sé la red que tiende:
su mano oculta enherbolada vira
a cuya punta el corazón aprende
lo que va del amor a la mentira...

Y tú querías con ardor vehemente
lanzarte al mundo, ciego en el engaño;
ibas a perecer, pobre inocente,
al filo de su arma, el desengaño...

¡No, jamás corazón! Cese tu acento;
calma tu afán, desecha la esperanza;
ese bien que demanda tu lamento
es un bien que en el mundo no se alcanza.

¡La virtud! ¡La virtud!... es vano nombre;
sonar la oírás en nuestra impura boca,
pero en verdad no la conoce el hombre
ni responde a su voz cuando la invoca.

¡El amor! ¡El amor! Dulce consuelo,
supremo goce de la humana vida,
única flor que aromatiza el suelo,
felicidad del cielo descendida...

Mas, otra vez, oh corazón, suspiras
y el fuerte muro de tu cárcel bates.
¡Es imposible, corazón!... ¡Deliras!
¡Infeliz corazón, en vano lates!

EL LLANTO

Cuando yo considero que en la vida
no he cogido de amor ninguna rosa;
cuando no miro en duda tenebrosa
surgir lejana una ilusión querida;

cuando de hiel colmada la medida
de mi dolor el cáliz rebosa;
cuando el alma en su lucha tormentosa
se postra al fin sin fuerzas abatida,

la frente inclino; en abundante vena
desátase mi llanto, y baña el suelo,
y mi alma poco a poco se serena.

De la tormenta así el nubloso velo,
revuelto en confusión, se rompe, truena,

desciende en lluvia, y resplandece el cielo.

MADRIGAL

¿Qué dices, Laura, de esta flor? ¡Qué hermosos
sus pétalos en lustre y en color!
Mira con qué arte agrúpanse graciosos
del frágil tallo asidos al redor.

Empero, ve de un soplo disipada
tanta hermosura... ¡Efímero primor!
¿Qué ves ya de la flor? El tallo... nada,
porque en no habiendo pétalos, no hay flor.

Ahora, Laura, dime: ¿De qué el emblema
aquellas hojas y este tallo son?
¿De tu placer, de tu beldad suprema,
de tu inocencia o tu fugaz pasión?

No imagen tuya, Laura, esas caídas
hojas, y el despojado tallo son:
las hojas son mis ilusiones idas
y el tallo es mi desierto corazón.

EN TEMPESTAD SIN TREGUA DE BONANZA...

En tempestad sin tregua de bonanza
sufrir, llorar, de amor la pena dura,
sin ver para más grande desventura
ni en tu esquivez ni en mi dolor mudanza.

Fingir acaso en bella lontananza
dichoso porvenir a mi tristura;
ver luego disiparse su luz pura,
y, cual siempre, quedar sin esperanza.

Aquéste es mi destino, Delia impía.
Mas, tú contemplas con desdén mi llanto...
¡Ay! Si has de ser de piedra a la agonía

del pobre corazón que te ama tanto,
¿de qué me ha de servir esta traidora

llama que en él prendiste y le devora?

YO VI ESA TRISTE NUBE...

Yo vi esa triste nube el firmamento
apacible cruzar en claro día,
brillante de arrebol y de alegría
cual de mi dicha el rápido momento.

En medio del celeste pavimento
que en purísima luz resplandecía,
en las auras del cielo se mecía,
como en sueño de amor el pensamiento.

Mas, ay, que huyó su brillo y hermosura
al estallar el trueno en la alta cumbre,
y ahora la miro en tempestad oscura,

en centellas arder de roja lumbre:
imagen triste de mi cruel Señora,
¡antes tan dulce, y tan airada ahora!